

Goya y Pradilla, vidas paralelas

75 aniversario de la muerte del pintor aragonés Francisco Pradilla

Wifredo Rincón García

El día de Todos los Santos del año 1921 falleció en su residencia madrileña de la calle de Quintana, junto al parque del Oeste, el pintor Francisco Pradilla Ortiz, sin lugar a dudas el artista aragonés más importante del siglo XIX y uno de los más significativos en el panorama nacional de su tiempo.

En este año de celebraciones por otro aniversario —el 250 del nacimiento de Francisco de Goya— caracterizado por la improvisación y la fanfarria, el brillo gratuito de oropel de la estulticia y los intereses políticos, y donde se ha perdido una excelente oportunidad de revisión de la figura del gran artista —tal vez lo único que quede en este aspecto sean las más de quinientas páginas de las Actas del Congreso Internacional de Goya celebrado el pasado mes de abril en Andalucía—, el recuerdo hacia otro gran pintor aragonés, Francisco Pradilla, ha quedado relegado en los abismos más profundos del olvido.

Francisco Pradilla Ortiz, nacido en Villanueva de Gállego el 24 de julio de 1848, es, sin duda, el único y último representante del fogoso bocetismo aragonés que caracterizó y llegó a sus últimas consecuencias con Francisco de Goya. Y, como él, tuvo que abandonar el ámbito zaragozano, donde nunca fue profeta, y alejarse de las mezquinas intrigas impulsadas por la envidia, que no deja crecer y ahoga los sentimientos más nobles, para buscar su camino en la generosidad y grandeza de la gran capital. Allí, si Goya en su momento fue primer pintor de cámara, Pradilla habría de conseguir en 1878 el máximo honor de su tiempo, la primera medalla de oro de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes que se otorgó en la pasada centuria, con el célebre cuadro de «Doña Juana la Loca», y que venía a representar un reconocimiento equivalente a lo que antes constituía el título julico alcanzado por su paisano. Después, el éxito se repetiría en los certámenes y concursos internacionales de mayor prestigio, donde obtendría los máximos galardones.

Pintor de absoluta modernidad, en posesión de unas facultades poco frecuentes, y una visión plástica que se adelantaba a su tiempo en el entonces abigarrado y anacrónico panorama de la pintura española, y cuando un público mediocre aplaudía folclóricas secuencias costumbristas, de fáciles preciosismos y populistas exaltaciones entusiásticas, Francisco Pradilla, sin perder su auténtica identidad de aragonésismo universal, supo llegar a partir de un lenguaje plástico de rotunda originalidad a la captación de la naturaleza, en retazos de paisaje desde un criterio abstraccionista y, al mismo tiempo, pleno de sugerencias y motivaciones. Cielos truenos que devoran horizontes, cerquillos y primeros planos, ejecutados con legosa gracia y gran fuerza expresiva.

La penetración psicológica de este artista le llevó, por otro lado, a una nueva concepción del género retratístico, donde lo más íntimo de la personalidad del personaje captado por sus pinceles es lo que realmente interesa. Y lo



Atrriba, doña Juana la Loca, y a la derecha, un retrato, dos óleos de Pradilla. Sobre estas líneas, un busto del pintor, dibujado por Juan José Gárate



mismo ocurre cuando ejecuta auténticas escenas populares —recreemos sus instantáneas de mercados gallegos—, en las que prescinde del pintoresquismo al uso y de convencionales recursos, consiguiendo a cambio verdaderos testimonios de una España detenida en su fatal destino y ajena a su desgraciada realidad.

Finalmente, y sin dejar de mencionar su pintura decorativa, de la que quedan las magníficas obras del madrileño palacio de Lineros, habrá que referirse a una producción que, si bien es cierto no fue muy abundante, sí le proporcionaría gran parte de su prestigio. Ya que no hay que olvidar que Francisco Pradilla fue el último

gran artista de la llamada Pintura de Historia, con sus magníficas composiciones de «Doña Juana la Loca» —ya mencionada—, hoy en el Museo del Prado; «La rendición de Granada», del palacio del Senado, o el recientemente donado al Museo del Prado «El bautizo del príncipe don Juan», ya de 1910, obras a las que supo despojar del maloliente tufo de terciopelos ajados y utilería de teatros provincianos, para dotarla de un aliento y una emoción que actualizaba los temas y nos acercaba a los personajes del pasado, desde renovadas visiones.

Hoy, día de Todos los Santos de 1996, setenta y cinco años después de su desaparición, desde el ge-

neroso refugio de la capital, hogar de Goya, de Pradilla, de Ramón y Cajal, de tantos aragoneses ilustres que aquí supieron ofrecer a su tierra los frutos más valiosos, era obligado este emocionado recuerdo a un gran pintor, que en más de una ocasión repetiría con profunda tristeza la frase de su paisano: que en acordarme de Zaragoza y pintura, me quemó vivo». Al artista que lo había conseguido todo le faltó, como a tantos hombres ilustres de la diáspora aragonesa, el amor de su tierra. Aunque para la historia, eso importe poco.

Nuestro mejor homenaje hoy puede ser la contemplación de sus obras conservadas en el Ayuntamiento zaragozano y en los mu-

seos Camón Aznar y de Zaragoza, además de lo conservado en su Villanueva natal, mostrándose su figura en la pintura de las «Glorias de Aragón», de Alejandro Ferrant, que decora uno de los techos de la planta noble del antiguo casino del palacio de Sástago —de cuya ejecución se debía haber encargado a nuestro artista, lamentándose en distintas ocasiones por ello, tal como recogimos en la monografía dedicada a su vida y obra en 1987— y en la famosa «Fiesta del centenario de los Síctos de Zaragoza», de Juan José Gárate.

Sobre su tumba madrileña, unas flores frescas serán nuestro mejor recuerdo.